
LA SANTA DEL HOGAR

QUITO, TIPOGRAFÍA SALESIANA, 1896.

AL ILMO. Y RYMO. SR. DR. D.

PEDRO R. GONZALEZ,
ARZOBISPO DE QUITO.



A vos, querido y respetado hermano, dedico estas páginas, escritas bajo la influencia del inmenso dolor que nos sobrevino, cuando, violenta, inopinadamente, partióse al Cielo la SANTA DEL HOGAR de vuestra familia.

Hoy, que es el aniversario de su muerte—y que vuestro corazón estará todo él lleno de la memoria de ZOILA—quiero que vaya á vuestras manos este presente de ternura y de honradísimo afecto. Recibidlo como prenda fraternal, del condiscipulo y amigo que os ama y os besa la mano.

Roberto Espinosa

Quito, Abril 14 de 1896.



LA SANTA DEL HOGAR

Á LA TIERNA MEMORIA DE LA

Señorita Doña Zoila Salvador González

¿Qué es el hogar de la familia?

He aquí una palabra que podría definirse llenando un libro, si se quisiera explicarla en todas sus manifestaciones, en toda la extensión de su sentido.

Para nosotros, el hogar es el paraje de los recuerdos, de las alegrías y los dolores de una familia. En éste, como en pequeña patria, está radicada la única, la escasa felicidad nuestra. Y á él corremos, como á refugio seguro, á depositar nuestros muchos pesares, cuando, desengañados del mundo, ó ya desfallecidos en esta penosa jornada de la vida pública, llamamos á su puerta tristes y apenados.

Y yo conocí un hogar y lo frecuenté como amigo, como deudo, porque era mansión de la virtud, del contento. Allí reinaban el amor y la paz, únicos antecedentes que aseguran la felicidad de la

existencia. Recinto es éste que, de pocos años atrás, encierra muchas tristezas y escasas alegrías, y en donde la presencia, la comunicación y la voz de un ángel que acaba de irse, suavizaban los pesares de los que allí residen, ahuyentando su aflicción.

Cuando sobreviene una gran calamidad, como la que hoy nos aflige, y podemos llorar, y también orar, nos sentimos casi consolados; porque las lágrimas—beneficio del Cielo—son bálsamo para las heridas del alma, y la oración nos trasporta, en alas de la fé, á la patria de los dichosos.

El llanto es medicina para nuestros quebrantos; la plegaria nos purifica y regenera. ¡Infeliz del que nunca llora! por todo extremo desdichado el hombre que no sabe orar! La oración y las lágrimas son el rocío que avigora el cuerpo y eleva el alma.

Nunca olvidaré su voz como de música. Las armonías celestiales eran interpretadas á maravilla por su garganta de ángel, y quien una vez las escuchó, no podrá olvidarlas: tales eran el atractivo y el misterioso encanto que las acompañaban!

II

Toda la vida de **Zoila** no fué sino vida de amor y de sacrificio.

Las mujeres dan siempre más que los hombres. Por este privilegio las llamamos ángeles de la caridad. El hombre da sólo su dinero á los menesterosos; la mujer agrega á éste su corazón, y lo da en forma de consuelos, de dulzura, de suavidad. ¿Quién dudará que la caridad femenina renueva de continuo entre nosotros el milagro de la multiplicación

de los panes? Ahí están las hijas de San Vicente de Paul que, con universal asombro, reproducen aquel milagro de la compasión.

¡Salve mil veces legión bendita de almas puras y abnegadas, que difundís por donde quiera, luz, y gracia y consuelos!

Mujer avara sería un tipo monstruoso; es inconcebible, no existe, por lo tanto. La avaricia es patrimonio de escasísimo número de hombres.

Y **Zoila** se empleó sin reserva en hacer el bien á sus semejantes; aunque ella no ignoraba que el privilegio de darse uno á los demás—por medio de cierta atracción misteriosa del amor espiritual—*es hacer solemne pacto para compartir grandes dolores*. Con verdad dijo un gran santo: *Sine dolore non vivitur in amore*. Sí, porque el que ama goza y padece forzosamente; porque amar es, lo repetimos, hacer pacto con el dolor; es, en suma, *poner la propia felicidad en la de los demás*.

Pero el dolor tiene la gran prerrogativa de embellecer hasta lo que no es bello. ¿Qué cosa más bella que la tumba recientemente abierta, engalanada con rosas y azucenas, de una virgen joven y hermosa?

Del corazón de la mujer buena brota el amor más desinteresado y puro: la ternura no tiene origen más profundo, ni la abnegación actos más sublimes que los que se desprenden de aquel corazón, abismo de grande, de verdadero amor.

La devoción, bien así como la bondad, son también fruto de la ternura de alma; pero éstas y otras excelencias, que constituyen el encanto de la mujer, se comprenden en una sola palabra: *amor*.

Y el amor es el que convence á la mujer buena que su puesto de honor está en la cabecera de los enfermos, junto á los menesterosos y huérfanos, en fin, cerca de todos los que sufren y padecen.

Y allí vimos siempre á **Zoila**, aliviando á los desheredados de la fortuna. Ella que, para admirar la grandeza de Dios, se elevaba en alas de la oración, sabía también descender hasta los infelices y necesitados, para socorrerlos. Tenía una sonrisa para los placeres inocentes del hogar; una lágrima para los propios y los ajenos dolores; consuelos para las humanas miserias; excusa para las faltas, y valor para sobrellevar los infortunios.

Fuerte es quien cumple el sacrificio que voluntariamente se ha impuesto; y, si en las diarias luchas de la existencia se encuentra siempre animoso y resuelto, es porque halla en su conciencia esfuerzo, y convicción y guía para triunfar sobre el mal.

Fuertes son la pena y el silencio. La resignación paciente y esperanzada nos hace sospechar las cosas divinas: ésta acalla y sufoca esa impaciencia continua que bulle dentro de nosotros, y que no es sino el hambre del espíritu, la nostalgia del alma.

Por esto vimos á **Zoila** aceptar con voluntad y alegría las mortificaciones y contrariedades de la vida: que es milagro del amor hallar placer en las penalidades que de grado se aceptan. *Luctus et dolor sunt flores et fructus amoris.*

El germen del amor divino, aquí en la tierra, reposa en el corazón de la púdica virgen, y su manifestación más ostensible se traduce por bondad y sacrificio; de donde deducimos, que el amor espiritual —pasión del cielo— es patrimonio de las almas jus-

tas y delicadas, y lleva en sí aquel germen, que luego se convierte en *caridad milagrosa*; caridad que tiene el privilegio de fecundar, ennoblecer y elevar los corazones que une.

La virginidad es la fragancia del verdadero amor: aquélla y éste constituyen lo más delicado de la poesía.

Se dice, y con harta verdad, que amor que no es extremo no es verdadero. En este campo no hay término medio: ó darse del todo, ó hacer del amor una ridícula representación que nadie la cree. Los que aman del primer modo, pueden llegar á ser héroes y hasta santos; los que del segundo, son seres hipócritas y despreciables.

Finalmente, del amor nos viene—acabada esta vida transitoria—la creencia de la reunión eterna de las almas que aquí en la tierra se comprendieron y se amaron. Tengo para mí esta verdad como dogma del corazón: creo en ella y la confieso con todo el fervor de mi alma.

III

Fresca aún la herida en los padecidos corazones del padre y de los hijos, por una dolorosísima pérdida, debía profundizarse aquélla mucho más con otra ausencia, inopinada y eterna y, por lo mismo, con extremo sensible.

La que ocupaba el puesto de la virtuosa madre, con su ternura, con su solicitud para con el anciano padre y los hermanos, ésa fué la escogida.

Y llegó un día en que, de improviso, llamó Dios á Sí á la que era salud y contento, paz y dicha en ese

tranquilo hogar, recinto de cristianas virtudes y de plácidas alegrías. Y la llamó á Sí inopinada, violentamente, porque de tal modo suele llevarse de este mundo á sus almas predilectas, cuando están en sazón para la gloria. **Zoila** ha despertado ya de este *pesado sueño de la vida*, y este despertar la llevó al gozo de la dicha que perdura y jamás acaba.

Iba promediado el día, cuando la vieron salir de la casa paterna. Ella, que con su corazón présago, conocía cuanto se refiere á asuntos del alma, como que presintió que su última hora se acercaba. Dió el ósculo de amor al venerable padre, y partió á hacer el bien.

Iba á hacer el bien, é iba acompañada de otra mujer, como ella, inteligente, buena y abnegada (1). ¿No hay algo sobrenatural y misterioso en la unión de estas dos almas, que se sienten felices al concordar en las mismas verdades y virtudes; y que, blanda y amorosamente, cumplen el santo propósito de ser útiles á sus semejantes?

Yo vi sus ojos marchitos y cerrados; ojos en los que, momentos antes, alborecían la esperanza y el consuelo á los menesterosos á quienes acababa de socorrer, y cuyas palabras de agradecimiento se escuchaban aún, cuando ya el alma de **Zoila**, inocente y pura como la de las vírgenes del Cielo, volaba presurosa hacia la gloria.

Contados fueron sus días; y no largos, como los de la flor que no envejece y acaba pronto: ahí la vimos cual temprana azucena tronchada sobre un rosal.

(1) La distinguida matrona Señora Doña Dolores Jijón de Ganguena, cuya salud no se restaura aún, gravemente quebrantada á causa del horrible accidente del carruaje que ocasionó la muerte casi instantánea de la Señorita Doña Zoila Salvador González.

Y nuestra sociedad se conmovió profundamente; y la consternación se pintó en todos los semblantes, y raudales de lágrimas, de propios y de extraños, bañaron el cadáver de la virgen. La tribulación volvió á sentarse en aquel hogar cristiano.

Hay un lenguaje más triste que el de las lágrimas, y una actitud de suprema angustia que nos aterrera.— Cuando vemos en el que padece intensamente quietud como de muerto; ojos enjutos, medio velados por sombras indecisas, cuerpo frío, que acusa la ausencia del alma, en fin, una como catalepsia física, como parálisis del espíritu, nos sentimos sobrecogidos, y comprendemos que el dolor intenso es siempre mudo.

Y el atribulado padre no admitía consuelo. Ella, que era contento de los que sufren y padecen aquí en el mundo, no puede alcanzar, desde el Cielo en donde mora, para ese corazón de padre lenitivo á su dolor: ¿acaso para ese dolor íntimo, supremo, único, no son poderosos á combatirlo ni los ruegos del alma justificada que está cerca del Señor? Porque el dolor alcanzó la gran prerrogativa de ser omnipotente, desde la sangrienta tragedia del Calvario.

Y el dolor que, por lo acerbo, por lo profundo, toca en lo infinito, tiene de ser santo: y santo é infinito es el del padre que tiene delante de sus ojos el cuerpo inerte y sin vida de la hija joven y bella.

¡Qué atributos los del dolor! universal, omnipotente, perdurable!

Será siempre el supremo de los dolores el de la Virgen-Madre, puesta al pie de la Cruz donde espira el Hijo, Dios y hombre á un tiempo mismo.

Pero el desolado padre, lleno de fe y de esperanza, exclama al fin: *Os doy gracias, Señor, por las tribulaciones que me habéis enviado!*— Porque, si tiene corazón para sentir hondamente, tiene también fe profunda para resignarse y esperar. ¡Admirable consorcio el que establecen el dolor y la esperanza en un pecho creyente!

¡Señor! el ángel que alegraba y embellecía el hogar paterno, ha volado á tu Cielo, y en su lugar se han asentado la tristeza y el desaliento! Señor! ya no hay allí sonrisas, ni músicas, ni expansiones!

¡Bendito seas, Señor, en tu justicia y bendito en tu misericordia! Que pase de ellos, Señor, este amargo cáliz, y así continuarán, resignados, soportando la grave carga del infortunio que les ha sobrevenido.

Y tú, ángel de paz y de bondad, atiende á nuestra plegaria.— Si el ruego de los que, cual yo, te amaron como hermana— *porque el corazón hace también familia*— y te respetaron como santa— lo que es excelencia de una alma honrada— puede llegar á la mansión de gloria en donde te hallas; alcanza para los que, fatigados y desfallecidos, quedamos aún en este valle de miserias, más fe, y fortaleza y resignación, para seguir peleando las rudas batallas de esta existencia tan tormentosa!

Quito, Abril 22 de 1895.

Roberto Espinosa.